

28/2017

7 de junio de 2017

*José Pardo de Santayana Gómez de Olea*  
Rusia y EE.UU., en el laberinto de  
Oriente Medio

## Rusia y EE.UU., en el laberinto de Oriente Medio

### Resumen

En septiembre de 2015, aprovechando el vacío dejado por los EE.UU., en Oriente Medio, la Federación Rusa intervino militarmente en la guerra de Siria y se convirtió en el árbitro del conflicto. Washington tuvo que esperar a la resolución de las elecciones presidenciales para retomar la iniciativa que había cedido. El califato del Estado Islámico en Irak y Siria tiene los días contados y las potencias implicadas en la región ya están pensando en el nuevo orden de Oriente Medio y la reconstrucción de Siria. Tanto Putin como Trump están intensificando su compromiso militar para reforzar a sus aliados sobre el terreno y mejorar sus posiciones de partida. Todas las partes están de acuerdo en que si no se pacifica la región, el ganador será el yihadismo radical que mutará en un contexto más favorable, pero cada uno de los actores quiere defender sus propios intereses, muchos de ellos incompatibles entre sí. En los próximos meses veremos un complejo juego geoestratégico que requerirá visión, habilidad, firmeza e importantes dosis de compromiso. ¿Quién será el ganador?

### Abstract

*In September 2015, taking advantage of the vacuum left by the US in the Middle East, the Russian Federation intervened militarily in the Syrian war and became the arbiter of the conflict. Washington had to wait for the resolution of the presidential elections to retake the initiative that had yielded. The Caliphate of the Islamic State in Iraq and Syria are numbered and the powers involved in the region are already thinking about the new Middle East order and the reconstruction of Syria. Both Putin and Trump are intensifying their military commitment to strengthen their proxies and improve their starting*

*positions. All parties agree that if the region is not pacified the winner will be radical jihadism that will mutate in a more favorable context, but each of the actors wants to defend their own interests, much of them incompatible with each other. In the coming months we will see a complex geostrategic game that will require vision, skill, firmness and important doses of commitment. Who will be the winner?*

#### Palabras clave

Oriente Medio, EE.UU., Federación Rusa, yihadismo, Siria, Irak, guerra, reconstrucción.

#### Keywords

*Middle East, USA, Russian Federation, Jihadism, Syria, Iraq, war, reconstruction.*

## Introducción

Zbigniew Brzezinski en su obra *El gran tablero mundial*, denominó a Oriente Medio el «nudo gordiano» de la seguridad mundial<sup>1</sup>. En este momento, con tantos conflictos armados activos en la región, dicha denominación ha adquirido un significado aún más radical. Tras la salida de las tropas norteamericanas de Irak en 2011 los EE.UU., dejaron un vacío en la región que la Federación Rusa llenó en septiembre de 2015. Ahora el presidente Trump se está viendo obligado a reforzar la presencia militar en la zona. De ese modo, Oriente Medio se ha convertido en el principal escenario donde miden sus fuerzas y definen sus posiciones recíprocas las grandes potencias que en la actualidad determinan el contexto de la seguridad internacional.

Las rivalidades regionales no han dejado de crecer desde la invasión norteamericana de Irak en 2003; la cantidad de intereses en juego es enorme; algunas decisiones de Washington han tenido consecuencias negativas y las operaciones militares de EE.UU. en la región están en contradicción con los objetivos de su estrategia general: al facilitar con la implantación de la democracia en Irak la llegada de un gobierno chií se ha reforzado la posición de Irán en la región, cambiando con ello la correlación de fuerzas entre suníes y chiíes e incomodando gravemente a los aliados tradicionales de EE.UU. en la región; al apoyar a las milicias kurdas, Washington se ha distanciado de Ankara, un aliado esencial; al desmantelar las fuerzas militares y policiales de Irak se dotó de cuadros profesionales a la insurgencia; al apoyar a las milicias suníes en Siria se ha reforzado indirectamente a las fuerzas yihadistas. Además, la guerra, que se está prolongando demasiado, es fermento de radicalismo y favorece la estrategia general del yihadismo terrorista. Poco a poco, la gran potencia occidental ha ido penetrando en el laberinto de las mil y una sombras del que ha intentado salir sin conseguirlo. No es de extrañar que en la conferencia de prensa de diciembre de 2016 el presidente Barack Obama dijera que «Siria es el asunto más complejo con el que jamás he tenido que tratar»<sup>2</sup>.

Por su parte, la Federación Rusa, aunque daba su apoyo político y diplomático al Gobierno de Bashar al Asad, había permanecido alejada de toda tentación militar y jugaba un papel de segundo orden en la geoestrategia regional. Tras la profunda crisis en sus relaciones con Occidente, que se derivó de la anexión de Crimea y de la

<sup>1</sup> BRZEZINSKI, Zbigniew. *Le grand échiquier, L'Amérique et le reste du monde*. Bayard Éditions, 1997.

<sup>2</sup> Citado por BEAUCHAMP, Zack. *The war in Syria, explained. How Syria's civil war became America's problem*. 8 de abril de 2017.

intervención en Ucrania a principios de 2014, Putin empezó a vislumbrar la guerra de Siria como un medio para reivindicar a la Federación Rusa como gran potencia, situándola a su vez en un escenario de gran prioridad estratégica para las potencias occidentales con la finalidad de forzar un acercamiento con los EE.UU.<sup>3</sup>. Inicialmente los resultados de la política rusa fueron asombrosos: con relativamente pocos recursos y una fuerza militar más propia del siglo XX que del XXI, la Federación Rusa se convirtió en el árbitro de la región. La coyuntura se vio favorecida por el enconado e inoportuno (en el tiempo) proceso electoral norteamericano.

Además del objetivo principal citado, la Federación Rusa persigue: demostrar el fracaso de lo que considera la estrategia de EE.UU. en apoyo a las «revoluciones de color» y el cambio de regímenes, vinculándolo con el aumento del potencial terrorista; distraer a los occidentales del conflicto de Ucrania; situarse en la zona mediterránea para hacer contrapeso del flanco oriental de la OTAN (mar Báltico-mar Negro); aumentar la venta de su armamento tras demostrar su eficiencia en la guerra (la venta de armas rusas ha aumentado un 5% en año 2016); proteger la base naval rusa en el Mediterráneo (Tartus); luchar contra el autodenominado Estado Islámico (EI) y otros grupos yihadistas; restablecer su presencia e influencia en la región; y presentarse como un aliado leal y fiable de sus regímenes-clientes. En el ámbito interior la guerra de Siria sirve para consolidar el liderazgo del presidente Vladimir Putin<sup>4</sup>.

Este documento pretende describir el complejo panorama que se presenta en Oriente Medio una vez que el autodenominado Estado Islámico pierda los territorios que domina en Siria e Irak y el esencial papel que en consecuencia han de jugar EE.UU. y la Federación Rusa. También defiende que sin un cierto grado de colaboración entre sus dos capitales, los esfuerzos internacionales serán vanos, así como que el declinar del terrorismo yihadista dependerá en gran medida de la pacificación de la región, de modo que, por una parte, resulte mucho más difícil a las estructuras radicales encontrar un espacio donde refugiarse y, por otra, el golpe moral de la derrota y del incumplimiento de la narrativa vinculada al califato y a la esperada victoria que había de llegar en su territorio debiliten su prestigio y su capacidad de convocatoria, en un

<sup>3</sup> PARDO DE SANTAYANA, José. *Historia, identidad y estrategia en la Federación Rusa*. IEEE, 15 de marzo de 2017.

<sup>4</sup> MILOSEVICH, Mira. *La finalidad estratégica de Rusia en Siria y las perspectivas de cumplimiento del acuerdo de Astaná*. Real Instituto Elcano, 23 de mayo de 2017.

momento en que el EI se está viendo obligado a realizar una profunda mutación y a cambiar de estrategia.

### **La emboscada de Irak**

El ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 ha tenido un impacto determinante en la configuración geoestratégica de Oriente Medio. Hay que reconocer con gran pesar que los objetivos que Bin Laden se marcó con dicho ataque fueron conseguidos con creces: demostró que el mundo occidental era vulnerable en algunos de sus principales símbolos de poder y de pujanza económica; convocó a las fuerzas militares de EE.UU. a una emboscada en el corazón del mundo árabe, donde estas están sufriendo una estrategia de desgaste en cierto modo similar a la de las tropas soviéticas en Afganistán; reforzó la moral de lucha del radicalismo yihadista y, por último, presentó un ejemplo de sacrificio suicida que ha inspirado a múltiples seguidores y ha dejado un halo de fascinación en torno a la violencia terrorista.

Aunque las principales víctimas del terror yihadista sean precisamente los países de religión mayoritariamente musulmana y su población, los efectos del terror en Occidente han creado una enorme desconfianza y una distancia psicológica en las sociedades occidentales hacia todo lo que tenga relación con el mundo islámico. Dicho fenómeno ha tenido su efecto recíproco en las sociedades de cultura musulmana, avanzando el terrorismo yihadista en su objetivo principal, que consiste en reducir la influencia de Occidente en los países del área islámica. El conflicto y la guerra son el caldo de cultivo del que el radicalismo yihadista se ha valido para impulsar su propia causa.

Hay que tener en cuenta además que tras la muerte de Bin Laden en 2011, el yihadismo había sufrido una grave crisis y parecía que la batalla contra el terror y contra la influencia del radicalismo yihadista en las sociedades musulmanas entraba en una nueva etapa. La oportunidad para el yihadismo que se derivó de la primavera árabe, del reforzamiento de Al Qaeda en Irak —como consecuencia de la retirada norteamericana—, de la guerra de Siria y del nacimiento del autoproclamado Estado Islámico le ha devuelto un desgraciado protagonismo en el escenario de seguridad mundial.

El reto estratégico es enorme y es innegable que, desde la fatídica fecha de los ataques múltiples en Nueva York y Washington, el panorama de seguridad

internacional no ha dejado de deteriorarse. En función de los cambios de Administración, EE.UU. ha mantenido en Oriente Medio posiciones estratégicas distintas, en gran medida contradictorias, enfrentándose en el presente a dilemas geoestratégicos de muy difícil solución. Como reconoce Anthony H. Cordesman del CSIS: «el historial estadounidense hasta la fecha no es tranquilizador. Siria y Yemen se han añadido a Afganistán e Irak en lo que parece ser una creciente lista de guerras prolongadas en “Estados fallidos” y las convulsiones políticas desde 2011 han dejado claro que no hay límite predecible al número de casos futuros. Tanto las dos Administraciones anteriores como la comunidad de seguridad nacional de Estados Unidos no han encontrado soluciones viables para resolver los problemas necesarios para poner fin a esos conflictos. Al contrario, cada guerra plantea ahora un desafío mucho mayor a la Administración Trump que los que encontraron las Administraciones de Bush o Obama cuando asumieron el cargo»<sup>5</sup>.

Tras el 11-S, los EE.UU. lideraron una gran coalición para expulsar a los talibanes y a Al Qaeda de Afganistán en los años 2001 y 2002. A pesar de haber obtenido una victoria decisiva, dieciséis años después no se vislumbra un horizonte de paz y estabilidad que permita al país tomar las riendas de su propio destino sin convertirse de nuevo en un santuario propicio para el desarrollo del terrorismo. En su momento no había una alternativa al despliegue militar en Afganistán, que contó con un gran respaldo internacional. No se ponía en duda el derecho legítimo de Estados Unidos para intervenir en un país en cuyo territorio se encontraba el cuartel general de la organización terrorista responsable del colapso de las torres gemelas<sup>6</sup>.

A continuación, en 2003, la Administración Bush llevó a cabo la invasión militar de Irak y depuso a Sadam Husein en un intento muy ambicioso de transformar Irak en un país democrático que sirviera de germen para la modernización de la región en una gran cruzada democratizadora. De ese modo, Oriente Medio, siguiendo los patrones de desarrollo y modelos sociales que la democracia fomenta, debía dejar de ser un espacio favorable al radicalismo yihadista, así como superar la lógica de confrontación y múltiples fracturas internas que contaminaban la geopolítica regional. Para poder llevar a cabo la transformación de Irak no se escatimaron esfuerzos y se intentó

<sup>5</sup> CORDESMAN, Anthony H. *Afganistan, Irak, Siria, Yemen: Is Decisive Force an Option*. CSIS, 4 de abril de 2017.

<sup>6</sup> PARDO DE SANTAYAN, José. *La geopolítica ha vuelto para quedarse*. IEEE, 31 de enero de 2107.

reconstruir el país desde los cimientos, prescindiendo de las estructuras estatales preexistentes.

El resultado obtenido ha sido el opuesto del pretendido, habiendo empeorado notablemente los problemas que se pretendían resolver. Tras la brillante operación militar que permitió a Washington el control efectivo del país, se desarrolló una insurgencia violenta impulsada por tensiones sectarias, étnicas y tribales, fomentada por las redes yihadistas de la región. Las fuerzas aliadas lideradas por EE.UU. bien implantadas en las principales ciudades, no consiguieron pacificar las zonas rurales, ni tampoco impedir que los extremistas encontraran refugio en Irán y Siria. El personal militar, policial y de inteligencia iraquí, humillado al perder su condición profesional, engrosó en muchos casos las filas de la insurrección, dándole consistencia. Los años de guerra arrasaron el impacto de los éxitos militares iniciales pese a los logros conseguidos al constituir una oposición local suní frente a Al Qaeda y otros grupos insurgentes en el oeste de Irak<sup>7</sup>. El Estado de «nueva planta» que desde Washington se pretendía erigir fue incapaz de resolver la profunda división existente en el país entre suníes, chiíes y kurdos. A pesar de los enormes esfuerzos, no se consiguió organizar unas fuerzas iraquíes capaces de hacerse con el control del propio país, ni tampoco crear unas estructuras políticas y una administración eficaces.

La política llevada a cabo por la Administración Obama solo hizo empeorar la situación. Cansado de la conflictividad permanente de sus tradicionales aliados, el nuevo presidente buscó un desenganche progresivo de Estados Unidos de la región. Si en su momento había sido equivocada la estrategia norteamericana de intervenir militarmente en Irak, aun fue peor la decisión de retirarse de allí en 2011 y, al hacerlo, permitir que el Gobierno de al Maliki revertiera los compromisos políticos para compartir el poder con suníes y kurdos, lo que dio nuevas alas a la insurgencia. A pesar de las advertencias de algunos de sus consejeros militares de alto rango que le aconsejaron la permanencia de un contingente militar suficiente hasta que se desarrollaran completamente las capacidades iraquíes, Obama completó la retirada de fuerzas americanas que Bush había iniciado en 2007 e hizo poco para resistir a la presión iraquí para que evacuara todas las fuerzas de combate estadounidenses para finales

---

<sup>7</sup> La oficina del secretario de Defensa de EE.UU. informó que EE.UU. sufrió en Irak 4.400 muertos y 32.000 heridos.



de 2011<sup>8</sup>. Existía el precedente del papel jugado por el santuario afgano en el desarrollo de Al Qaeda como consecuencia de haber abandonado dicho país a su suerte tras la retirada de las tropas soviéticas en 1988.

No obstante, lo realmente grave fue afirmar públicamente que EE.UU. tenía la intención de no volver a intervenir en una operación terrestre como las recientemente llevadas a cabo en Irak y Afganistán. Aunque los resultados estratégicos de las operaciones en ambos países no fueran satisfactorios, desde la guerra que en 1991 expulsó a Sadam Husein de Kuwait, la gran potencia mundial había demostrado con creces que en el ámbito convencional era imbatible. Al que quisiera enfrentarse militarmente a EE.UU. únicamente le quedaba la opción no convencional. Sabiendo que por un tiempo la superpotencia no enviaría tropas terrestres, se presentó la oportunidad para llevar a cabo operaciones convencionales con la intención de disputar territorio ¡que el Estado Islámico aprovecharía en su beneficio!

Pero el designio estratégico de Obama fue mucho más que una retirada de Irak. Los acuerdos con Irán fueron un aviso de que Washington estaba dispuesto a ejecutar su propia estrategia en Oriente Medio, aun en contra de la opinión de Israel y Arabia Saudí. Incluso parece probable que el presidente de EE.UU. haya intentado un equilibrio de poder entre Irán y las monarquías del Golfo, algo que se comprende mejor en el marco de la guerra de producción de crudo entre Estados Unidos y Arabia Saudí con la que esta última intentó hundir el fenómeno del *fracking* norteamericano. En realidad la guerra de precios y producción fue la gota que ha colmado el vaso en un proceso de alejamiento entre Estados Unidos y el reino saudí que comenzó ya con los atentados del 11-S<sup>9</sup>. El distanciamiento geoestratégico de EE.UU. en relación con Oriente Medio, fomentó que las potencias regionales aspiraran a mayores cotas de liderazgo y que las rivalidades entre ellas crecieran.

### La primavera árabe incendia Siria

Después de haber creado serias dificultades a varios países de la región, en marzo de 2011 la primavera árabe irrumpió en Siria. La sociedad siria siempre había estado dividida en distintas facciones étnicas y religiosas que convivían gracias a un complejo

<sup>8</sup> CORDESMAN, Anthony H. *Afganistan, Irak, Siria, Yemen: Is Decisive Force an Option*. CSIS, 4 de abril de 2017.

<sup>9</sup> CALVO ALBERO, José Luis. «Respuesta militar». *Cuaderno de Estrategia 180*. Estrategia para derrotar al Dáesh y la reestabilización regional, IEEEE, septiembre 2016.



equilibrio y a un poder autoritario dominante que contaba con una animosidad creciente de gran parte de la población, ya que el Gobierno estaba en manos de la facción chií alauita —siendo el país mayoritariamente suní—, la situación económica no había dejado de deteriorarse y la represión sobre la población se hacía agobiante. El intento del Gobierno de Asad para hacerse con el control de la revuelta por medio de acciones violentas y expeditivas desencadenó una guerra civil que en enero de 2012 ya había alcanzado grandes proporciones.

Enseguida Siria obtuvo el apoyo de Irán, un viejo aliado y líder chií de la región. De la mano de Teherán, Hezbolá dio su apoyo militar al Gobierno sirio. Como contrapeso a Irán las monarquías suníes del Golfo empezaron a enviar armas y dinero a los rebeldes sirios. En marzo de 2013, la Liga Árabe votó para dar permiso explícito a sus miembros para armar a la oposición siria. Aquel mes *the Financial Times* informó que solo Qatar había dado 3.000 millones de dólares de ayuda a los rebeldes. En 2015, en un solo envío, Arabia Saudí entregó 500 de los decisivos misiles antitanque Tow<sup>10</sup>. Turquía se alineó igualmente en oposición al Gobierno de al Asad.

Por otra parte, en agosto de 2013 la utilización de armas químicas contra la población en la ciudad de Guda generó una gran reacción internacional, lo que terminó implicando en la guerra a Washington que había marcado en dicho empleo una línea roja. Desde EE.UU. se envió ayuda militar y entrenamiento para los rebeldes sirios, lo que fue debilitando aún más la posición de al Asad. En enero de 2015 el Consejo Nacional Sirio, uno de los bloques más grandes dentro de la coalición rebelde, había recibido 6 millones de dólares de Estados Unidos además de entrenamiento militar y equipo<sup>11</sup>. En el verano de 2015 el régimen sirio ya estaba al borde del precipicio. Moscú veía la situación de su socio sirio con preocupación y decidió comprometerse militarmente. Había aparecido un nuevo actor en escena, el autoproclamado Estado Islámico, y la crisis de Ucrania había llevado a un tenso enfrentamiento de la Federación Rusa con la OTAN y la UE.

<sup>10</sup> BEAUCHAMP, Zack. *The war in Syria explained*. Vox, 8/4/2017; ver en: [www.vox.com/2017/4/8/15218782/syria-trump-bomb-assad-explainer](http://www.vox.com/2017/4/8/15218782/syria-trump-bomb-assad-explainer).

<sup>11</sup> Informe *Recalibrating US strategy towards Russia*. CSIS, p. 55. Ver en: <https://www.csis.org/analysis/recalibrating-us-strategy-toward-russia>.

### Un nuevo campeón del terror entra en acción

El autodenominado Estado Islámico (EI) nació en Irak en el seno de Al Qaeda en octubre de 2006 tras la muerte de al Zarqawi. Al arreciar la guerra civil en Siria al Bagdadí, el nuevo líder, había desplazado el centro de gravedad de su activismo desde Irak a Siria donde se produjeron serias tensiones con el frente Al Nusra (filial de Al Qaeda en el país). A fines de 2013 el frente de los yihadistas anti-Assad se rompió, el EI desvió su objetivo de combatir a las fuerzas de al Asad, y se hizo con el control de las ciudades de Raqa y Deir Ezor, así como con los territorios fronterizos con Irak, a costa de las milicias suníes y kurdas. En enero de 2014, el IE lanzó una fulminante ofensiva en Irak que llegó en junio a Mosul y posteriormente hasta las cercanías de Bagdad. En febrero de 2014 al Bagdadi había roto con la jerarquía de Al Qaeda, adelantando las etapas de la estrategia diseñada por Bin Laden y poniéndose como objetivo dominar un extenso territorio para proclamar el Califato, lo que realizó aquel mes de junio desde la ciudad de Mosul.

El terrorismo yihadista daba un salto cualitativo con una radicalidad, con un dominio de los medios de comunicación y con una capacidad de convocatoria que asombraron al mundo. Las guerras de Siria e Irak ganaron con ello relevancia estratégica global.

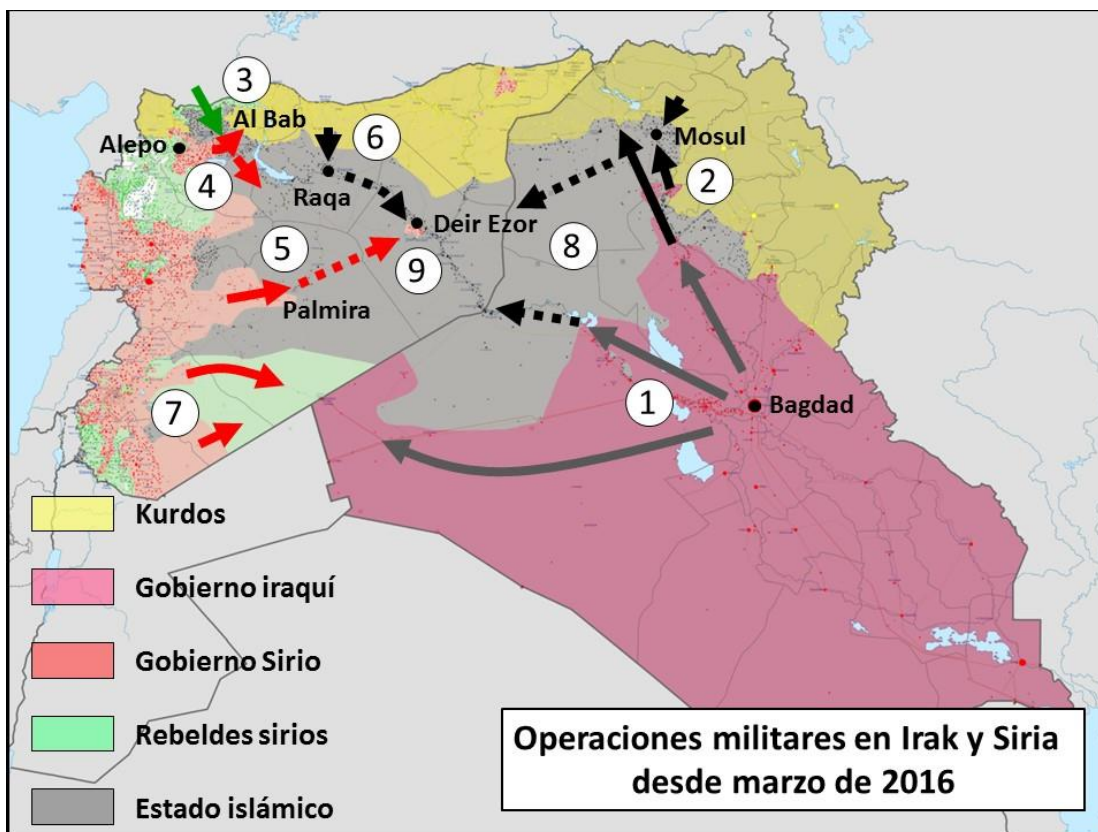
La principal ventaja militar del Dáesh había sido la audacia, el empleo del terror y la descoordinación de sus adversarios, muchos de los cuales combatían entre sí. La desintegración de Siria y la reactivación de las tensiones sectarias en Irak tras el repliegue de Estados Unidos habían sido el caldo de cultivo ideal para permitir la continua expansión del grupo. En esta situación de desorden generalizado, ninguno de sus enemigos pudo concentrar la fuerza suficiente para infringirles una derrota decisiva, mientras que ellos podían concentrar sus fuerzas fácilmente sobre el adversario al que percibían más debilitado o indeciso. Una nueva versión de la clásica estrategia de líneas interiores. Otra ventaja de los yihadistas era la elevada moral de sus combatientes. La moral se alimenta del éxito y al Bagdadi, líder del EI, siempre se ha preocupado de presentar éxitos en sus cuentas de resultados<sup>12</sup>.

En septiembre de 2014, alarmados por los asombrosos éxitos y la extrema violencia de la nueva organización yihadista, los EE.UU. y sus aliados iniciaron la operación *Inherent Resolve* de ataques aéreos contra el EI en Irak y en Siria. Sin embargo,

---

<sup>12</sup> CALVO ALBERO, José Luis. «Respuesta militar». *Cuaderno de Estrategia 180*, Estrategia para derrotar al Dáesh y la reestabilización regional, IEEEE, septiembre 2016.

(mapa), no se obtuvieron resultados significativos hasta lanzar una potente campaña terrestre en Irak en dos fases que tenían por objetivo, la primera (1), alejar al EI de la capital Bagdad y crear una base de operaciones desde la que el ejército iraquí pudiera atacar Mosul y, la segunda (2), conquistar dicha ciudad con una ofensiva combinada en la que intervendrían también las fuerzas kurdas. Dichas operaciones, llevadas a cabo por fuerzas locales con apoyo aéreo y técnico de EE.UU. y entrenamiento de muchos aliados occidentales, entre ellos España, se iniciaron respectivamente en marzo y octubre de 2016. En el momento de finalizar este documento ya está próxima la conquista de Mosul.



En Siria, no obstante, el EI contaba con mejores perspectivas. Se había comprobado que buena parte de los medios militares dirigidos por EE.UU. a las milicias rebeldes moderadas terminaban en manos de actores radicales. Turquía había empezado a combatir por igual al EI y a las milicias kurdas, que contaban con el apoyo norteamericano y, como se ha indicado, el Gobierno sirio pasaba por graves apuros.

### Las Federación Rusa se persona en la causa

Durante la Guerra Fría, Siria llegó a ser el principal aliado de la URSS en Oriente Medio. En las dos últimas décadas la Federación Rusa, aunque con un compromiso menor, tenía en dicho país su principal apoyo regional, continuando con la venta de armamento a Damasco y manteniendo la base naval de Tartus. El Kremlin vio el levantamiento popular en Siria con gran preocupación por tratarse de un aliado importante, ocurrir demasiado cerca de sus fronteras y ser interpretado con el prisma de las «revoluciones de colores», supuestamente instigadas por Occidente. Tanto por temor a que el ejemplo se extendiera al entorno próximo de la Federación Rusa como a su propio régimen, Putin se oponía decididamente a las iniciativas de cambio de régimen por la fuerza impulsadas por Washington. Moscú expresó claramente la preocupación de que en Siria se impusiera el caos tal como había ocurrido tras las intervenciones occidentales en Irak y Libia y de que el colapso del régimen de al Asad desencadenara un ciclo de extremismo e inestabilidad<sup>13</sup>.

Inicialmente, Moscú intervino solo diplomáticamente, vetando las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU dirigidas a intervenir en Siria y distanciándose inequívocamente de las posiciones occidentales de apoyo a los rebeldes sirios. En 2013 los esfuerzos rusos fueron decisivos para aplacar a los EE.UU. tras el ataque con armas químicas en Guda. La Federación Rusa se comprometió a que el Gobierno sirio desmantelara el arsenal químico. No obstante, Putin tenía otras prioridades todas ellas más cerca de sus fronteras.

En 2014 ocurrieron tres acontecimientos de gran calado que determinaron la intervención rusa en Siria. En primer lugar, la crisis ucraniana, la anexión de Crimea por parte rusa y su posterior intervención en Donbas llevaron al enfrentamiento de la Federación Rusa tanto con la OTAN como con la UE, lo que cambió por completo el posicionamiento estratégico de Moscú. En segundo lugar, la aparición de Dáesh, que añadía razones de preocupación en relación con el impacto del yihadismo en el propio territorio ruso y ofrecía una oportunidad de encontrar puntos de acuerdo con EE.UU., combatiendo a un enemigo común. Y, por último, el desplome de los precios del petróleo a partir de junio de ese año, que hacía imprescindible mejorar las relaciones

<sup>13</sup> Informe *Recalibrating US strategy towards Russia*. CSIS, p. 55.  
Ver en: <https://www.csis.org/analysis/recalibrating-us-strategy-toward-russia>.

con la UE, principal socio comercial de Rusia y destinataria de la mayor parte de las exportaciones de gas y de petróleo, las cuales constituyen la base de su economía.

El tiempo juega además en contra de Rusia. La situación económica y social no ha dejado de deteriorarse y el gasto militar se ha incrementado<sup>14</sup>. Lógicamente, dicha tendencia no es sostenible por muchos años. El plazo de tiempo en que el presidente Putin puede permanecer en el poder también se agota, en un principio, en 2024 en caso de reelección. No siendo nada sencilla la sucesión del actual presidente, Rusia necesita repositionarse y resolver sus dilemas geoestratégicos lo antes posible. Siendo, por otra parte, el PIB de la Federación Rusa nueve veces menor que el de la UE y similar en relación con EE.UU., la diferencia de riqueza condiciona una rivalidad en la que Moscú necesita sobreactuar y mostrar gran agresividad para hacerse respetar. Todo ello hace la relación con Rusia especialmente difícil para los países occidentales.

Aunque Siria empezara a jugar un papel clave en la estrategia global de Moscú, Putin tenía que lidiar primero con el asunto prioritario de Crimea y el Donbas y únicamente cuando consideró dicho asunto estabilizado dirigió su mirada más al sur. Antes de la ruptura de relaciones constructivas con Occidente, Rusia evitaba sumar motivos de fricción con EE.UU. en Oriente Medio y ponía su énfasis en no perder el control sobre lo que consideraba su zona de influencia irrenunciable, los Estados que habían pertenecido a la URSS menos los bálticos. No obstante, una vez materializado el enfrentamiento, Siria ofrecía una doble oportunidad: Rusia, al convertirse en actor imprescindible, podía posicionarse de hecho como potencia frente a EE.UU., utilizando, a su vez, su posición de privilegio para futuros acuerdos de pacificación como vía para impulsar un acercamiento con Occidente sin renunciar a su rango de gran potencia.

Al intervenir en Siria a partir de septiembre de 2015, Rusia consiguió consolidar al régimen sirio, gravemente amenazado. Moscú basó su estrategia en la colaboración de al Asad, Turquía e Irán frente a dos enemigos comunes de todos ellos: la expansión kurda en Irak y Siria y el yihadismo suní. La creación de un frente anti yihadista le daba a Moscú un argumento de peso y la posición anti kurda desplazaba a Turquía de la esfera occidental a la suya. La recuperación de Aleppo, la segunda ciudad y centro

---

<sup>14</sup> En el artículo, «La metamorfosis de las fuerzas armadas rusas», 17 de mayo de 2017, Pilar Bonet recoge que: «En relación a sus respectivos PIB, Rusia dedica el 5,3% a fines de defensa; EEUU, el 3,3% y China el 1,9%, según SIPRI. Por su parte, el Instituto Gaidar de Moscú calcula los gastos militares de Rusia en 4,94 billones de rublos (5,7% del PIB) en 2016ç.

industrial del país, de manos de las milicias rebeldes en diciembre de 2016 supuso un éxito determinante que dio al Gobierno una clara supremacía dentro de su país. Para dicha operación el entendimiento ruso con Turquía había sido fundamental. En agosto de ese año Ankara había lanzado la operación «Escudo del Éufrates» (3) que penetró en territorio sirio para establecer una cuña entre los dos territorios del norte de Siria, dominados por las fuerzas kurdas. Los éxitos militares propiciaron unas negociaciones de pacificación en Astaná lideradas por Rusia que excluyeron a EE.UU., dominaron sobre las demás iniciativas internacionales y contaron con la presencia de Turquía, Irán, el gobierno de al Asad y una parte de los rebeldes sirios.

Por su parte, el EI, atacado por las tropas turcas, que contaban con el respaldo de milicias locales proturcas, y por las del Gobierno sirio con respaldo militar ruso, sufrió una serie de graves derrotas en el norte del país. Tras la conquista de la ciudad de Al Bab en febrero de 2016, Turquía volvió a distanciarse de Rusia al cerrarle las tropas de al Asad el camino hacia la ciudad de Raqa (4), que Ankara quería conquistar a toda costa antes de que cayera en manos de las Fuerzas Democráticas Sirias, de mayoría kurda y respaldadas por EE.UU.

A principios de marzo, el Ejército sirio obtuvo otra relevante victoria al arrebatarse al EI la ciudad de Palmira (5). EE.UU., por su parte, que veía con preocupación el ascendente de Rusia en Siria, reforzó su apoyo militar a las Fuerzas Democráticas Sirias para expulsar de Raqa al EI (6) y hacerse con el control de la principal ciudad del este del país (operación que en el momento de finalizar el documento está a punto de iniciar la fase final de asalto a la ciudad). Además, el Ejército sirio disputa a las milicias rebeldes con importante apoyo de EE.UU. y sus aliados las zonas fronterizas del sur con Jordania e Irak (7). El siguiente objetivo por el que compiten Washington y Moscú es la provincia de Deir Ezor (9), junto a la frontera oriental con Irak y rica en hidrocarburos. Ambas ciudades a orillas del Éufrates son los últimos reductos importantes del EI en el califato, teniendo en cuenta que Mosul ya está prácticamente perdida.

La posición relativa de Rusia y EE.UU. en el postconflicto dependerá del resultado de las operaciones en curso y en consecuencia de las porciones de territorio que los aliados de uno u otro consigan controlar.



## Conclusión

Lo más probable es que para el otoño de 2017 se haya completado la derrota convencional del autoproclamado Estado Islámico y se de paso a una nueva etapa en los conflictos de Oriente Medio. Tras la toma de Mosul (2) y el avance definitivo hasta la frontera siria (8), Irak podrá dirigir su atención a la estabilización interna y a combatir las redes encubiertas del yihadismo radical. EE.UU. tendrá que empeñarse seriamente para que las tribus árabes suníes no queden excluidas del nuevo panorama político, lo que es igualmente esencial tanto para el futuro político del país, como para derrotar al yihadismo. Especialmente sensible será el acomodo de las aspiraciones kurdas después del importantísimo papel jugado en la victoria militar y dado el extenso territorio que sus milicias ocupan.

La partición del país podría desencadenar tensiones aún mayores y contaría con la oposición más absoluta de Turquía.

En Siria el panorama está todavía más encapotado. Tanto EE.UU. como la Unión Europea saben que la prolongación de la guerra en Siria resultaría muy perjudicial, le daría aire al yihadismo tras la derrota convencional del EI, permitiría que continuara la presión migratoria hacia Europa y retrasaría la reconstrucción política y material del país, hoy completamente arruinado. No obstante, para poder avanzar en aquella línea es necesario algún tipo de entendimiento con Putin.

La desaparición de al Asad del poder no es un obstáculo insalvable siempre que eso no debilite la posición rusa. Moscú no cederá sin obligar a Washington a esgrimir algún gesto de acercamiento hacia ella y sin contrapartidas en la frontera oriental de la OTAN. Turquía, que tiene la capacidad de contaminar el proceso de pacificación, presionará para que los kurdos de Siria queden debilitados o ella misma reciba importantes concesiones territoriales en Siria. Israel ve con gran preocupación el fin de la guerra porque devolverá a Hezbolá al Líbano y permitirá al radicalismo yihadista dirigir mayor atención hacia su país. EE.UU. tendrá que redoblar sus esfuerzos diplomáticos para dar garantías a Tel Aviv. Irán no permitirá ser excluido del proceso de pacificación sirio, lo que exigirá concesiones muy complejas por parte de Washington. Arabia Saudí vigilará todo el proceso y no se conformará sin que se satisfagan suficientemente las aspiraciones suníes en Siria e Irak.

Estamos ante un cubo de Rubik geoestratégico con componentes militares, políticos, diplomáticos y económicos que solo se pueden resolver si los actores exteriores,



especialmente EE.UU. y la Federación Rusa, se empeñan a fondo y aplazan sus propias diferencias. Además, se necesita la visión de un Bismarck<sup>15</sup> para llevarlo a cabo. ¿Será eso posible?

*José M<sup>a</sup> Pardo de Santayana Gómez de Olea  
Coronel de Artillería (DEM)  
Analista del IEEE*

---

<sup>15</sup> Bismarck es el ejemplo paradigmático de estadista inteligente y hábil que diseñó el equilibrio de paz en Europa: primero supo dar garantía de que tras la unificación alemán no aspiraba a mayores ganancias territorial y después renunció a que Alemania participara en la expansión colonial, construyendo un complejo modelo de equilibrio donde todas las partes atendían sus objetivos principales, cediendo en los secundarios.